

«Toques y sentimientos de unión de Dios».

Una mística de la sensibilidad en san Juan de la Cruz

M.^a DANIELA BILÓ REPETTO, OCDS
(*Salamanca*)

Recibido el 25 de septiembre de 2020

Aceptado el 5 de octubre de 2020

RESUMEN: Adentrarse en el mundo de los sentimientos de la doctrina sanjuanista es más *para sentir*, que para *saber decir* (S Pról. 1). Sin embargo, SJC abunda en palabras, experiencia, discernimiento y pedagogía para una sensibilidad integrada y madura tras el crisol teológico. Hondón de amor y hermosura, deleite, dulzura y gozo de una sensibilidad al rojo vivo, que ya toca los umbrales de la eternidad. Ese será el recorrido de la reflexión, que tiene como fundamento, camino y término, vivir y prolongar en nuestra humanidad los sentimientos de Cristo (Flp 2,23) hasta entrar en el corazón mismo de la Trinidad.

PALABRAS CLAVE: : Juan de la Cruz, afectividad, sentido, pasiones, emociones, virtudes, transformación, Cristo, imitación.

“Touches and feelings of union with God”. A Mysticism of Sensitivity in Saint John of the Cross

ABSTRACT: To enter the world of feelings in the doctrine of St. John of the Cross is more about *feeling* than about knowing how to speak (S Prol., 1). Nonetheless, SJC abounds in words, experience, discernment and pedagogy for an integrated and mature sensitivity, beyond the theological. It is a deep well of love and beauty, delight, sweetness and joy; a red-hot sensitivity which already touches the threshold of eternity. That will be the journey of our reflection, which has as its foundation, pathway and goal, living and expanding in our

humanity the feelings of Christ (Phil 2,23), until we enter into the very heart of the Trinity.

KEY WORDS: John of the Cross, affectivity, meaning, passions, emotions, virtues, transformation, Christ, imitation.

INTRODUCCIÓN

Hablar de emociones y sentimientos, dentro del contexto más amplio de la sensibilidad y afectividad humanas, es un tema poli-facético y tan actual como evocador en nuestro tiempo. En efecto, en el último siglo se vienen ocupando de ellos varias disciplinas de las ciencias humanas y sociales¹. Pero en los estudios sanjuanistas se advierte la escasez². En general, la reflexión se ha centrado en la

¹ Ya a finales del siglo XIX, el psicólogo y filósofo francés advertía sobre la importancia de la reflexión, la escasa bibliografía y la radicalidad interpretativa que ceñía el origen de las emociones y sentimientos al intelecto o a la biología: THÉODULE-ARMAND RIBOT, *La psicología de los sentimientos*, trad. R. Rubio (Madrid: Librerías: Fernando Fe y Victoriano Suárez, 1900), IV-VI. Pero será a partir de los años setenta y ochenta del siglo XX cuando el estudio de las emociones y los sentimientos se convierta en especial objeto de estudio para las ciencias humanas y sociales. Desde la filosofía y la psicología, la antropología y la sociología, la pedagogía, la neurociencia y la espiritualidad..., son incontables los autores, textos y enfoques existentes al respecto.

² Algunos estudios, menos o más recientes, se han centrado en los estados anímicos y en los sufrimientos de la noche pasiva del sentido, confrontándolos con la depresión endógena y aclarando las diferencias. Véase JOSÉ MANUEL MARTÍN PORTALES, «Noche y depresión. Sobre un estudio psicopatológico de San Juan de la Cruz», en *San Juan de la Cruz*, 21 (1998), 65-91: 80-83. MARIABEL RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, «Noche oscura y depresión», en *Revista de Espiritualidad*, 78 (2019), 85-115. Pero también se ha seguido el rastro de la alegría y la felicidad en el conjunto doctrinal sanjuanista, o en una obra concreta. Véase: LUCINIO RUANO DE LA IGLESIA, *La alegría cristiana. Una clave de iniciación en san Juan de la Cruz* (Ávila: TAU, 1990). ISMAEL BENGOCHEA, *La felicidad en san Juan de la Cruz* (Sevilla: Ed. Miriam, 1988). JUAN ANTONIO MARCOS, «Un viaje en primavera por los paisajes de Cántico», en dir., F. J. Sancho Fermín y R. Cuartas Londoño, *Cántico espiritual. Actas del III Congreso Mundial Sanjuanista* [Ávila, 2-8 de septiembre de 2019] (Burgos: Grupo Fonte-Universidad de la Mística, 2020), 24-338.

educación del sentido durante la primera etapa del desarrollo espiritual, cuando está más «deshumanizado» y necesitado de purificación, hondura y calidad. Una dimensión ascética. Acompañada, tantas veces, de una mirada devaluadora o negativa³.

Pero atravesando la noche purgativa la sensibilidad se humaniza, se espiritualiza, y comienza a actuar con mayor calidad e intensidad en etapas sucesivas. El sentido, transfigurado, actúa mucho más allí donde menos se le nombra. Nos ha faltado hacer ese camino, tomar el pulso de la sensibilidad en la múltiple manifestación de sus emociones, afectos y sentimientos, hasta pisar los umbrales de la vida eterna: cuando «está él [Dios] allí de ordinario como dormido en este abrazo con la Esposa, en la sustancia de su alma, al cual ella muy bien siente y de ordinario goza. Porque si estuviese siempre en ella recordado, comunicándose las noticias y los amores, ya sería estar en gloria» (LB 4,15).

Queda abierta esta veta de la reflexión, pendiente de sistematización y profundización. En el breve espacio que nos conceden estas páginas, solo intentaré ordenar un manojo de ideas y evocaciones que permitan vislumbrar la riqueza y belleza de una temática digna de un estudio más profundo. Y de una traducción pastoral que acerque a las nuevas generaciones la *mística de la sensibilidad* de san Juan de la Cruz.

Primero se enmarcará el tema dentro de los conceptos y el lenguaje actual de algunas disciplinas. Luego los ubicaremos dentro del propio esquema antropológico sanjuanista. El Santo es maestro en la escucha de la sensibilidad y ha trazado el itinerario de su conversión, desarrollo y plenitud en la unión con Dios, tanto de forma extensa, en las obras mayores, como de forma breve en sentencias y

³ Ya echaba en falta otra perspectiva el P. Federico Ruiz cuando advertía sobre el peligro de quedar focalizados en el proceso doloroso que en *Subida/Noche* conduce a la regeneración del sentido, e identificar «vida del sentido» con la etapa de principiantes, devaluando injustamente la mediación y función de la sensibilidad en todos los órdenes de la existencia y en todas las etapas del camino. Cf. FEDERICO RUIZ, *Místico y Maestro. San Juan de la Cruz* (Madrid: EDE, 2006), 238-239.

cartas. Aquí se abordará la síntesis de su pedagogía en el prólogo de *Subida* y en la carta n.º 13. Veremos luego el itinerario de los sentimientos en el camino espiritual y concluiremos con el fundamento, camino y término de la trasfiguración de la sensibilidad, que es llegar a tener los sentimientos de Cristo (Fl 2,23), sentir con Cristo hasta entrar en el corazón mismo de la Trinidad.

1. MARCO CONCEPTUAL GENERAL

Hoy se ha adquirido una mayor conciencia de la importancia y del papel que juegan los sentimientos en nuestra vida personal y social. Dada la pluralidad de significados que la palabra adquiere en este momento, parece necesario diferenciar los sentimientos del ámbito de la pura emotividad⁴. El sentimiento es una disposición psíquica más elaborada que la emoción, se forma gradualmente y se alarga en el tiempo (a diferencia de la emoción que se limita al tiempo presente), comporta una participación más serena de la cor-

⁴ Para todos estos conceptos hay visiones tan afines como contrapuestas, y un arco de flexibilidad interpretativa muy amplio. Afectos, sentimiento, emoción o pasión, son términos que algunos autores distinguen con precisión, otros los usan de manera intercambiable. Acusan esta diversidad diversos autores. Véase: JOSÉ FERRATER MORA, *Diccionario de Filosofía*, 4 (Barcelona: Ariel, S. A., 1994), 3241-3244; VICENTE MELLADO *et al.*, «Las emociones en la enseñanza de las ciencias», en *Enseñanza de las Ciencias*, 32.3 (2014), 11-36: 14-15. Entre los que articulan psicología y espiritualidad, remitimos a los trabajos de A. Cencini y L. J. González. Este último en términos interpretativos de la doctrina sanjuanista. Ambos iluminando el camino del discernimiento, la formación, y el acompañamiento espiritual. Cf. AMEDEO CENCINI, *¿Hemos perdido nuestros sentidos? En busca de la sensibilidad creyente* (Santander: Sal Terrae, 2014). LUIS JORGE GONZÁLEZ, *Psicología de los místicos. Desarrollo humano en plenitud* (México: Ediciones del Teresianum, 2001). Véase también: ANSELM GRÜN, *La escuela de las emociones* (Santander: Sal Terrae, 2014). ID., *Las emociones como fuente de energía. Caminos para sanar las heridas del alma* (Santander: Sal Terrae, 2019). JORGE FAZZARI, *Los doce sentimientos principales* (Bilbao: Ed. Mensajero, 2021). RAFAEL PARDO, *Emociones, Espiritualidad y Evangelio* (Bilbao: Desclée de Brouwer, 2017). MANUEL GARCÍA HERNÁNDEZ, *Las pasiones que nos dominan. Padres del Oriente cristiano y engrama* (Bilbao: Desclée de Brouwer, 2019).

poridad y está en relación más estrecha con la voluntad y la razón, todo lo cual hace a los sentimientos más específicamente humanos.

Sin embargo, los sentimientos están más condicionados culturalmente que las emociones. Es interesante constatar que cuando un sentimiento llega a ser apreciado socialmente, puede incluso ser tutelado jurídicamente, como, por ejemplo, el amor conyugal, el pudor, el honor o la fe. Así que, a pesar de su intimidad y subjetividad, los sentimientos se consideran factores irrenunciables de nuestra personalidad⁵.

Los sentimientos proporcionan y revelan nuestra forma de estar en el mundo: el mundo íntimo y personal, y también el mundo cultural, social o político con el que se está comprometido. Configuran la subjetividad y la intersubjetividad de la persona y son una revelación de aquellos valores que aprecia, elige y guían su conducta⁶. Desde una visión personalista, en la que la realización humana requiere la integración de todos los dinamismos (corporeidad, afectividad, racionalidad y sensibilidad), la libertad humana juega un papel fundamental, porque «no le basta abarcar la voluntad y la razón, sino que también debe influir y modificar la configuración de los sentimientos. Esta es la tarea de la formación del hombre bueno»⁷.

Para la antropología social, los sentimientos y las emociones no son simples fenómenos fisiológicos o psicológicos, reacciones libradas al azar o a la iniciativa personal, sino que participan del sistema de sentidos y valores de un grupo social, están arraigados en una cultura afectiva y se expresan en un lenguaje corporal que comprenden quienes comparten esa misma raíz social⁸.

⁵ GIOVANNI CHIMIRRI, «Sentimenti», en *Enciclopedia di Bioetica e Sessuologia*, dir. G. Russo (Leumann [Torino]: Ed. Elledici, 2004), 1586-1590.

⁶ Cf. GIANNI COLZANI, «Sentimientos», en *Diccionario de Mística*, dir. L. Borriello *et al.* (Madrid: San Pablo, 2002), 1594-1597.

⁷ ANTONIO ESQUIVIAS, «Sentimiento», en *Diccionario de pensamiento contemporáneo*, dir. M. Moreno Villa (Madrid: San Pablo, 1997), 1080-1086: 1083.

⁸ Cf. DAVID LE BRETÓN, *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones* (Buenos Aires: Nueva Visión, 1999), 9-13.

Para la neurociencia, comprender la neurobiología de emociones y sentimientos es fundamental para saber quiénes somos, comprender la íntima relación mente-cuerpo, y contribuir al eficaz tratamiento de algunas causas del sufrimiento humano: «Los sentimientos pueden ser [...] revelaciones del estado de la vida en el seno del organismo entero [...]. Si hay algo en nuestra existencia que pueda ser revelador de nuestra pequeñez y grandeza simultáneas, son los sentimientos»⁹.

Para el sacerdote y teólogo, la distinción se establece entre sensaciones, emociones y sentimientos. Si las sensaciones tienen un impacto físico, corpóreo, las emociones (lejos de ser simple fruto de reacciones y equilibrios químicos) «son algo más *elaborado y consciente*, más propiamente humano», transparentan la interioridad y se manifiestan también como fruto de elecciones libres que van construyendo la personalidad, van entretejiendo el camino y la identidad del creyente que se reconoce hijo en el Hijo y amado del Padre «rechazando otros itinerarios vacíos e ilusorios, seductores y traidores. La emoción marca de hecho el nacimiento del cristiano. Es decir, no hay cristiano sin esas lágrimas de alegría»¹⁰.

Llega incluso a preguntarse si es posible una fe sin emoción, puesto que *la fe es sensibilidad creyente*. O en qué se convierte la oración sin la emoción sino en rutina o práctica fría de piedad. Pero si es cierto que es imposible para el ser humano carecer de emociones, sí es necesario hacer un camino de formación: «No cometas el error de banalizar las emociones o de sufrirlas simplemente, de no someterlas a discernimiento y formación [...]. Cada elección que haces respecto a ellas, desde darles un nombre hasta discernir su bondad, tendrá una repercusión en tu vida. Esa chispa que es la emoción puede encender la vida, pero también procesos de muerte»¹¹.

Como vemos, la sensibilidad humana, lejos de ser algo secundario, subjetivo o poco fiable, es esa fuente de energía que mueve e impregna

⁹ ANTONIO DAMASIO, *En busca de Spinoza. Neurobiología de la emoción y los sentimientos* (Barcelona: Crítica, 2005), 13.

¹⁰ AMEDEO CENCINI, *Desde la aurora te busco. Evangelizar la sensibilidad para aprender a discernir* (Santander: Sal Terrae, 2020), 83-89.

¹¹ *Ibid.*, 97-98.

toda la vida e influye en nuestras decisiones vitales y cotidianas. Nuestra sensibilidad es un don y una responsabilidad. Única e irreplicable en cada persona, se educa y se orienta para la plenitud de la vida teológica.

Esto es lo que se propuso en su tiempo y a su modo san Juan de la Cruz. Fundamentar una pedagogía que eduque y reoriente todas las energías, facultades y capacidades humanas en una sola dirección: la vocación del hombre a la unión con Dios. Una ascética necesaria, pero sobre todo una mística de la sensibilidad humana, una sensibilidad transfigurada que es capaz de gozar ya, en la temporalidad, «en cierto sentimiento y barrunto de Dios» (2N 11,1), de la unión de amor «en temples y deleites divinos» (1N 4,2; LB 1,3-4).

2. LAS «DOS CASAS DEL ALMA» (2N 24,3) DE LA ANTROPOLOGÍA SANJUANISTA

Compuesto humano «estratificado», pero concepción unitaria de la persona. Antropología de plenitud, en la que todos los componentes de esta compleja «urdimbre de espíritu y carne» (LA 1,25), que es el ser humano, se armonizan y potencian alcanzando el máximo de su capacidad. Esta visión sanjuanista nos permite actualizar el mensaje a través del tiempo sin traicionar la sustancia de su experiencia y doctrina¹². Pero, como bien advierte E. Pacho, sin pretender «vestirlo a la moda», según nuestros propios intereses¹³.

Esta compleja realidad de la persona, unitaria en la pluralidad de facultades y operaciones, es simbolizada por el Santo a través de imágenes como la *montaña* (cf. CB 16,10-11), la *ciudad y sus arrabales* (cf. CB 18,7-8). O expresiones metafóricas como la *fortaleza del alma* (Cf. 3S 16, 1-2) o el *caudal del alma* (cf. CB 24,4) que hay que guardar entero para Dios para llegar a la unión de amor, cumpliendo así el mandamiento de Dt 6,5: «Amarás a Yahveh tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza».

¹² Cf. EULOGIO PACHO, *San Juan de la Cruz. Temas fundamentales-1* (Burgos: Monte Carmelo, 1984), 143.

¹³ Cf. ID., «Introducción general» en SAN JUAN DE LA CRUZ, *Obras Completas*, 9ª ed. (Burgos: Monte Carmelo, 2017), 27.

De manera esquemática, sin olvidar que SJC reconoce los límites del lenguaje (cf. LB 1,10) y no se encasilla en una sola enunciación, los niveles o dimensiones fundamentales que contempla en la estructura humana son dos: «la porción inferior, que es la sensitiva del hombre», y «la porción superior, que es la racional, las cuales dos porciones son en que se encierra toda la armonía de las potencias y sentidos del hombre» (CB 16,10). Se trata del básico binomio *sentido/espíritu* o su equivalente *cuerpo/alma*, que es como el quicio o gozne que articula toda la antropología sanjuanista¹⁴.

A diferencia de 3S 16,1-2 o CB 24,4, a veces se refiere a estas dos porciones del alma de forma más sintética: «la parte sensitiva y la espiritual, con sus sentidos, potencias y pasiones», o «dos partes sensitiva y espiritual, con todas sus potencias y apetitos» (2N 24,2). Y también: «estas dos casas del alma [...] con todos sus domésticos de potencias y apetitos» (ibíd., 3). Sin olvidar nunca que el hombre es una unidad, un compuesto armónico (cf. CB 16,10; CA 31,5), que hay interdependencia e interacción entre alma y cuerpo «por la

¹⁴ De manera esquemática: 1) La *porción inferior*, el cuerpo o dimensión corpórea y sensitiva, con sus cinco sentidos externos (ver, oír, tocar, gustar y oler) y sus cinco sentidos corporales internos (o potencias interiores): la imaginación/imaginativa, la fantasía y la memoria. Y sus pasiones naturales o afecciones: gozo, esperanza, dolor y temor, de donde nacen los apetitos. 2) La *porción superior*, el alma, el espíritu, o la dimensión racional-espiritual, con sus tres potencias: entendimiento, memoria y voluntad. Y la sustancia, fondo o centro del alma. El hondón, lo más profundo del ser, por contraposición a facultades, sentidos o potencias. Véase con más detalle en: FEDERICO RUIZ, *Místico y Maestro*, 204-208; EULOGIO PACHO, *San Juan de la Cruz. Temas fundamentales-1*, 143-155; ID., «La antropología sanjuanística», en *Estudios sanjuanistas, II* (Burgos: Monte Carmelo, 1997), 43-86; ID., «El hombre, aleación de espíritu y materia. «Urdimbre de espíritu y carne» (LI 1,25)», en *Ibid.*, 87-105; MIROSLAW KIWAKA, «Las estructuras básicas del ser humano en el pensamiento de San Juan de la Cruz», en *San Juan de la Cruz*, 33 (2004), 5-78; LUIS JORGE GONZÁLEZ, *Psicología de los místicos. Desarrollo humano en plenitud* (México: Ed. del Teresianum: 2001), 57-91; JOSÉ DAMIÁN GAITÁN, «“Estando ya mi casa sosegada”. Enseñanzas de san Juan de la Cruz sobre la “carne” y el “cuerpo” en el camino espiritual», en *Revista de Espiritualidad*, 70 (2011), 369-396.

unidad que tienen en un supuesto» (CB 13,4), y que lo que se obra en la «parte inferior ordinariamente se siente en la otra interior» (CB18,7). Los apetitos se refuerzan o se debilitan a una; un vicio hace crecer los otros; las virtudes crecen o decrecen en el ejercicio de una sola (cf. 1S 12,5; CB 31,4); las pasiones se condicionan mutuamente (cf. 3S 16,5), las potencias (memoria, entendimiento y voluntad) se purifican cada una por sí pero también de forma simultánea, «pues las operaciones de las unas dependen de las otras» (3S 1,1). Y así, al final del proceso: «estas dos casas del alma se acaban de sosegar y fortalecer en uno con todos sus domésticos de potencias y apetitos» (2N 24,3).

2.1. *Los sentimientos espirituales*

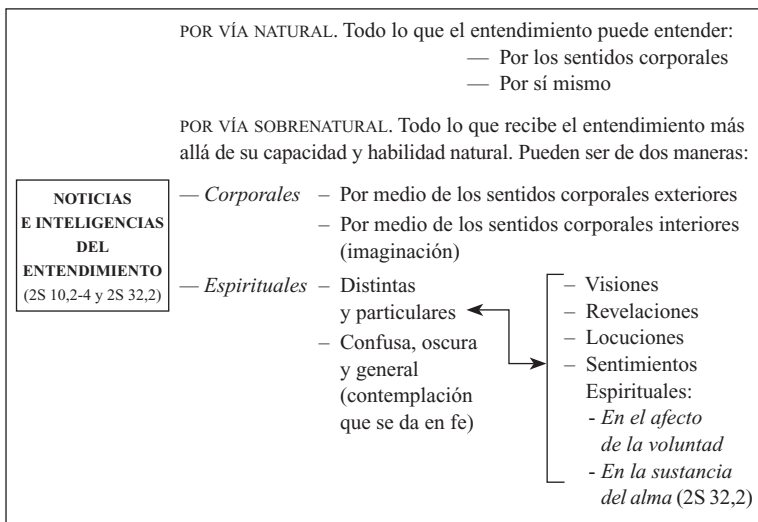
Dentro de todo este complejo humano, en términos lingüísticos, encontramos el término *sentimiento* un total de 118 veces con diversos significados y atribuciones. Un primer sentido es equivalente a sufrimiento, aflicción, pena o padecimiento¹⁵. Es un sentido más bien reducido y acotado. Una segunda significación, con múltiples relaciones, se asocia a los términos *sentir* (621 veces), *sensible* (83), *sensitivo* (205), *sentido* (647) y *sensualidad* (47)¹⁶.

Como veremos más adelante, el tema y su riqueza desborda la simple enunciación. Ahora solo nos detenemos en los *sentimientos espirituales*, a los que SJC dedica una mención especial. En el tratamiento de las facultades o potencias del alma, el Santo los vincula a las noticias y aprehensiones del entendimiento (2S 10; 2S 23,1-3), aunque luego anuncia que tratará de ellos cuando hable de la purificación de la voluntad por la caridad, porque, «en cuanto son

¹⁵ Esta primera significación se encuentra recogida en las *Concordancias* con este amplio campo semántico: *aflicción, angustia, aprieto, desconsuelo, deshacimiento, dolencia, dolor, enfermedad, herida, pena, penalidad, pesadumbre, sequedad, sinsabor, tormento, tribulación y tristeza*. Cf. JUAN LUIS ASTIGARRAGA, AGUSTÍ BORRELL Y F. JAVIER MARTÍN DE LUCAS, ed., *Concordancias de los escritos de San Juan de la Cruz* (Roma: Teresianum, 1990), 1687-1689.

¹⁶ Cf. LUIS ARÓSTEGUI, «Experiencia mística», en *Diccionario de San Juan de la Cruz*, dir. E. Pacho (Burgos: Monte Carmelo, 2000), 591-612.

sentimientos solamente, no pertenecen al entendimiento, sino a la voluntad» (2S 32,3). Reduciendo todo a esquema, resulta más fácil de visualizar el lugar que ocupan en el diseño sanjuanista:



Las aprehensiones puramente espirituales, porque en ellas no intervienen los sentidos, las recibe el entendimiento pasivamente. En un sentido propio y específico, a lo que el entendimiento recibe a modo de ver se llama «visión»; a lo que recibe captando y comprendiendo cosas nuevas, se llama «revelación», a lo que recibe a modo de audición, se llama «locución», y:

«a lo que recibe a modo de los demás sentidos, como es la inteligencia de suave olor, y de sabor espiritual, y deleite espiritual que el alma puede gustar sobrenaturalmente, llamamos *sentimientos espirituales*. De todo lo cual él saca inteligencia o visión espiritual, sin aprehensión alguna de forma, imagen o figura de imaginación o fantasía natural, sino que inmediatamente estas cosas se comunican al alma por obra sobrenatural y por medio sobrenatural» (2S 23,3).

Llegamos finalmente a 2S 32, capítulo dedicado todo él a los *sentimientos espirituales interiores* que el alma recibe de forma sobrenatural. Estos pueden ser:

1. *Sentimientos en el afecto de la voluntad*, muy subidos.
2. *Sentimientos en la sustancia del alma*, altísimos y de gran provecho. No se puede entender la causa de donde proceden, porque no dependen de las consideraciones ni de las obras de la persona, que apenas llegan a «buenas disposiciones». Dios lo da a quien quiere y cuando quiere, generalmente cuando el alma no está precisamente ocupada en cosas del espíritu. Los «toques de Dios», que causan los sentimientos y juntamente la noticia o inteligencia en el entendimiento, pueden ser «repentinos» o «durables y sucesivos». Y la noticia, más o menos clara y subida, «suele ser un subidísimo sentir de Dios y sabrosísimo en el entendimiento; al cual no se puede poner nombre tampoco, como al sentimiento de donde redund» (2S 32,3).

La pedagogía sanjuanista, como viene haciendo a lo largo de todo el itinerario de purgación activa del sentido y del espíritu, se orienta a guiar al orante para que estas gracias sobrenaturales no impidan la unión con Dios: aconseja no entrometer la capacidad natural, sino estar frente a ellas, en ellas, pasivamente, así como pasivamente se reciben sin haber hecho nada. No hay que procurarlas y ni siquiera tener ganas de admitirlas, para salir al paso del mecanismo propio de entendimiento que puede ir, por su cuenta, formando otras noticias. Se requiere pasividad, resignación y humildad «porque Dios las comunicará cuando él fuere servido viéndola humilde y desapropiada. Y de esta manera no impedirá en sí el provecho que estas noticias hacen para la divina unión, [que es grande, porque todos estos son toques de unión], la cual pasivamente se hace en el alma» (2S 32,4).

Los *sentimientos espirituales*, inseparablemente unidos a la noticia o inteligencia sobrenatural¹⁷, a esos «toques» de Dios en la sustancia del alma, son ya una manifestación de esa sensibilidad humana renacida y transfigurada, por medio y en medio de la cual se realiza la unión de Dios con el alma.

¹⁷ Cf. CB 14,12-13: el toque de las virtudes de Dios en la sustancia del alma, con «sentimiento de deleite e inteligencia».

3. DIAGNÓSTICO DE LA SENSIBILIDAD Y TRAZOS DE UNA PEDAGOGÍA

Podemos descubrir el papel fundamental que las pasiones, emociones y sentimientos tienen en la experiencia humana y espiritual ya desde el prólogo de *Subida*, la obra más ascética de su tratamiento. Y recuperar los trazos esenciales de una pedagogía que educa para la escucha y el discernimiento. Una pedagogía que es toda una reivindicación de la sensibilidad para el camino espiritual.

3.1. *A la escucha de la sensibilidad*

Comienza el Santo con una advertencia: para llegar a la «divina luz de la unión perfecta del amor de Dios» hay que atravesar una noche oscura en trabajos, tribulaciones y profundas tinieblas, temporales y espirituales. Y para hablar de ello no hay ciencia ni experiencia que lo declare como es, «solo el que por ello pasa lo sabrá sentir, mas no decir» (Pról. 1). Este tránsito y este proceso se define ya, no solo a través de imágenes sensoriales, como la de la noche y las tinieblas, sino como una experiencia de Dios atravesada por emociones y sentimientos fortísimos que «la dicen» y la testimonian mejor que la palabra y el mismo entendimiento. Hay ya aquí una clave de interpretación y de discernimiento para el creyente y para quien le guía que, sí o sí, tienen que aprender a leer sus emociones y sentimientos en clave de fe. En una antropología unitaria, como la del Santo, sin sentidos, sensibilidad y sentimientos no solo no hay persona, tampoco hay experiencia de Dios (cf. 2S 17,3-5).

Se ayudará, dice luego, en parte o de algún modo de la experiencia y de la ciencia, pero sobre todo de la Sagrada Escritura, dentro del sentir y la tradición eclesial, en la que, hablando el Espíritu Santo, no se puede errar (cf. Pról., 2). Se trata del lenguaje de la Revelación, que está atravesado de emociones y sentimientos humanos que revelan a su vez el ser y «sentir» de Dios sobre el hombre, el mundo creado y la historia de salvación. Todas las obras de Juan de la Cruz son, como sabemos, un entramado admirable de citas bíblicas que pondrán palabra a la experiencia contrastada con la Escritura y la Tradición. Resulta todavía más determinante: el lenguaje de los sentimientos y las emociones es el lenguaje de la Revelación y de la experiencia de

Dios¹⁸. «El discurso de la sensibilidad humana remite [...] al rostro del Eterno, a aquel a quien nadie ha visto, pero que se revela en el ser humano creado a su imagen y semejanza. Y, por tanto, con una sensibilidad semejante a la suya, que debe ser reconducida a su verdad originaria o evangelizada. ¡He aquí un gran misterio!»¹⁹.

Pero este lenguaje y pedagogía divina hay que saberlos interpretar, y hay que aprender a dejarse llevar por la amorosa mano de Dios. En cambio algunos, «por su indiscreto obrar o repugnar, hechas semejantes a los niños que, queriendo sus madres llevarlos en brazos, ellos van pateando y llorando, porfiando por se ir ellos por su pie, para que no se pueda andar nada, y, si se anduviere, sea al paso del niño» (Pról., 3).

Aparece ya aquí una primera descripción del principiante, también a base de emociones y sentimientos que reflejan una actitud de resistencia y empecinamiento caprichoso al obrar de Dios, como niños malcriados. Y que van a justificar la doctrina y el camino más cierto y rápido que Juan de la Cruz quiere enseñar en una doble dirección: discípulo y maestro espiritual.

En este camino de oscura y seca luz de contemplación, el conocimiento de las propias miserias y pecados sume a la persona en sentimientos de indignidad, abandono y culpabilidad. Si al sentimiento de ir perdido en el camino de Dios, con «oscuridad y trabajos, aprietos y tentaciones», se le suma un mal diagnóstico y culpabilización por parte del acompañante, puede malograrse la maravillosa obra del Espíritu en el alma (cf. Pról.,4; LB 3,42-58).

Pueden darse, al menos, tres situaciones que habrá que discernir: «si aquella es la purgación del alma» (noche oscura de contemplación); si se trata de un retroceso, por carecer de los gustos o consuelos de los comienzos (cf. Pról., 5); o si es verdaderamente

¹⁸ «La Escritura está en relación con la experiencia, es el primer mapa y brújula con la que el místico interpreta y se orienta en el bosque de sentimientos y vivencias que trata de transmitir», GABRIEL CASTRO, «Escritura Sagrada», en *Diccionario de San Juan de la Cruz*, 427-544: 532.

¹⁹ AMEDEO CENCINI, *Desde la aurora te busco*, 23.

«melancolía u otra imperfección» (6). Hay que evitar que la persona se fatigue buscando lo que no aprovecha ni da fruto, o que se enrede en los regalos y gustos que Dios le da sin poder pasar adelante:

«Y otras muchas cosas que en este camino acaecen a los seguidores de él, de *gozos, penas y esperanzas y dolores*: unos que proceden de espíritu de perfección, otros de imperfección. De todo, con el favor divino, procuraremos decir algo, para que cada alma que esto leyere, en alguna manera eche de ver el camino que lleva y el que le conviene llevar, si pretende llegar a la cumbre de este monte» (7).

Queda claro, pues, el programa: discernir, gracias a las voces y registros de la propia sensibilidad, el camino por el que Dios lleva a cada uno a la unión de amor. No hay diagnóstico que no pase necesariamente por una lectura de lo que las emociones y sentimientos humanos revelan de la persona y de la gracia de Dios en ella.

3.2. *Una pedagogía para el «amor, deleite y renovación espiritual» (3S 14,2)*

La carta de san Juan de la Cruz a un religioso carmelita descalzo²⁰ es una preciosa síntesis de la pedagogía que ha trazado en *Subida*. Toda una reeducación de la sensibilidad y afectividad humanas que comienza por salvar la trascendencia divina, afirmar la impotencia de las facultades humanas para aprehender a Dios como Él es, dar la primacía al amor en la vida teologal y clarificar el papel mediador y subordinado de las pasiones, sentimientos, gustos y apetitos. Sobre todos ellos habrá que subir, como si de una escalera se tratara, a la unión con Dios en fe y en amor.

a) El papel de las pasiones o emociones humanas

Frente a otros esquemas e interpretaciones, el *Catecismo de la Iglesia Católica* habla de pasiones, sentimientos, emociones e impulsos en sentido amplio e inclusivo, sin distinciones:

«El término «pasiones» pertenece al patrimonio del pensamiento cristiano. Los *sentimientos* o *pasiones* designan las *emociones* o *impulsos* de la

²⁰ Cta 13. En Segovia, 14 abril 1589.

sensibilidad que inclinan a obrar o a no obrar en razón de lo que es sentido o imaginado como bueno o como malo. Las pasiones son componentes naturales del psiquismo humano, constituyen el lugar de paso y aseguran el vínculo entre la vida sensible y la vida del espíritu» (n.º 1763-1764).

De esta visión se hace eco el papa Francisco en *Amoris laetitia*²¹, cuando afirma la importancia de la pasión y de los sentimientos que construyen la relación y la vida sana de la familia. En uno u otro documento, queda siempre claro su papel mediador e insustituible, y también su neutralidad moral. Será siempre la razón y la voluntad recta quien ordene «al bien y a la bienaventuranza los movimientos sensibles que asume» (CEC 1768). Las emociones y sentimientos son asumidos y transfigurados por las virtudes, o pervertidos y des-humanizados en los vicios.

También el psicólogo y teólogo carmelita L. J. González habla de pasiones y emociones de forma equivalente. Las emociones son la resonancia interior de la satisfacción o no de los apetitos²². En cambio, para A. Cencini, en la sensibilidad hay un encadenamiento y progresión de los sentidos a la sensación, de ella a la emoción y de la emoción al sentimiento, que es ya una elección consciente, un estado emocional estable y coherente con el ser creyente, y que se traduce siempre en una acción, de lo contrario sería pura veleidad. Pero a toda esta cadena añade el autor un eslabón más: los afectos como pasiones de la vida. Otro salto cualitativo en la maduración de la sensibilidad. Se va haciendo cada vez más personal, consciente y libre el proceso emocional: «los afectos son particularmente ricos en energía, y pueden resistir y persistir aun cuando las sensaciones, emociones y sentimientos vayan en sentido contrario»²³.

En el esquema sanjuanista encontramos cuatro pasiones fundamentales: *gozo, esperanza, dolor y temor*²⁴. Pueden considerarse

²¹ Cf. AL 143-145.

²² Cf. *Psicología de los místicos*, 67.

²³ *Desde la aurora te busco*, 129. En esta misma línea reflexiona Jorge Fazzari, *Los doce sentimientos principales*, 137-138.

²⁴ Cf. 1S 13,5; 3S 16,2; 1N 13,15; CB 20-21,4,9; 26,19; 28,4; 40,3; LB 3,47.

«como movimientos, emociones, suscitados por el apetito sensitivo y las potencias superiores del hombre»²⁵ que, ordenados a Dios, constituyen la riqueza y fortaleza del alma. Pero estamos heridos y lastrados por el pecado. Viciado el apetecer y paralizada la voluntad en su genuina dirección, habrá que reeducar y reorientar la energía de las pasiones humanas en Dios. Porque si los sentimientos, por el contrario, asumen el protagonismo principal, las pasiones tiranizan y esclavizan al alma, dejándola vacía, paralizada, inquieta y alterada.

Porque solo por el amor puede el alma unirse con Dios, se hace imprescindible vaciarse de todo afecto desordenado del apetito y del gusto de todo lo que se pueda gozar: de arriba y de abajo, espiritual y temporal, «para que, purgada y limpia [...] *toda ella con sus afectos se emplee en amar a Dios*». Y aquí establece SJC una importante distinción entre *operación* y *sentimiento* de la voluntad:

«Ninguno de los sentimientos sabrosos puede ser medio proporcionado para que la voluntad se una con Dios, sino la operación de la voluntad porque es muy distinta la operación de la voluntad de su sentimiento: por la operación se une con Dios y se termina en él, que es amor, y no por el sentimiento y aprehensión de su apetito, que se asienta en el alma como fin y remate. Solo pueden servir los sentimientos de motivos para amar, si la voluntad quiere pasar adelante, y no más; y así, los sentimientos sabrosos de suyo no encaminan al alma a Dios, antes la hacen asentar en sí mismos; pero la operación de la voluntad, que es amar a Dios, solo en él pone el alma su aficción, gozo, gusto y contento y amor, dejadas atrás todas las cosas y amándole sobre todas ellas» (Cta 13,3).

Si construyéramos una tabla comparativa, podríamos ver nuevamente reflejada la contraposición sanjuanista *Nada* (sentimientos sabrosos, gustos, gozos y apetitos desordenados) y *Todo* (el amor, operación de la voluntad, virtud teologal) del *Monte de Perfección*. Hacer del sentimiento «fin y término», y no mediación, convierte en «viciosa» la obra de la voluntad. El amor es una decisión y un acto de la voluntad que se ayuda de los sentimientos para avanzar en una entrega incondicional, por encima de todas las cosas que pueda entender, esperar o gustar, «amando a lo cierto y de veras al gusto de

²⁵ MIROSLAW KIWKA, «Las estructuras básicas...», 31.

la fe», con toda la fuerza de su voluntad, «fundada en vacío de fe y caridad».

Recordemos que «la propiedad del amor es igualar al que ama con la cosa amada» (CB 28,1), es «quererse unir y juntar e igualar y asimilar a la cosa amada, para perfeccionarse en el bien de amor» (2N 13,9; cf. CB 12,7). La voluntad es esa inclinación, fuerza y movimiento por el que la persona sale de sí misma por amor. Y ese amor va obrando paulatinamente la semejanza y la unión. Así como el ejercicio de desnudarse y vaciarse «de apetito en todo gusto particular, así de arriba como de abajo», es para «llegar a la suavidad y deleite de la divina unión», y para que pueda «abrazar» y «sentir los dulces y amorosos abrazos de Dios», henchida y llena «de su amor y dulzura», con «hambre y sed de solo Dios». Y así encaminarse a la unión con Dios gozando «de grande paz en su alma»²⁶.

b) Pasiones y virtudes teologales

Si la natural armonía del compuesto humano se ha convertido en desorden en el plano moral y espiritual a causa del pecado (cf. 1S 15,1), la gracia de Dios redime y restituye en la naturaleza humana toda la fuerza y energía de las pasiones. En la medida que las virtudes teologales ayuden a las facultades humanas a trascender el nivel del sentido, su límite natural y el extravío de sus operaciones, en la misma medida las pasiones, emociones y sentimientos se concentran en Dios y se «divinizan». Porque «la sensibilidad solo se espiritualiza y remodela con la purificación y el ejercicio de la vida teologal»²⁷.

Cabe destacar que el Santo describe este proceso con verbos que resuenan en nuestros oídos con mucha dureza: *mortificar* (1S 13,5; 2N 15,1), *aniquilar* (2N 4,2; 8,2), *apagar* (2N 14,1; CB 22,8), *sujetar* (CB 40,1), *cesar* (CB 20,10), *rienda y freno* (3S 5,1; 1N 13,3), etc. Pero frecuentemente olvidamos que otra tanta cantidad de veces se expresa de forma positiva: se trata de *sosegar* (1N 13,15; CB 20,10), *componer* (CB 40,1), *ordenar* (CB 40,4), *poner en razón* (3S 16,2; CB 20,4),

²⁶ Cf. Cta 7. A las carmelitas descalzas de Beas. Málaga, 18 noviembre 1586.

²⁷ FEDERICO RUIZ, *Místico y Maestro*, 218.

enderezar (3S 16,2) toda la sensibilidad a Dios²⁸. Porque hasta que «el alma tiene ordenadas sus cuatro pasiones a Dios y tiene mortificados y purgados los apetitos, no está capaz de ver a Dios» (CB 40,4).

Pero no se trata de una lucha «contra» las pasiones, emociones y sentimientos²⁹. Es toda una pedagogía a favor de su enorme potencial y energía para la unión de amor porque somos imagen y semejanza de Dios, con unas capacidades humanas que la gracia hace partícipe ya de la misma sensibilidad de la Trinidad.

Realizada esta tarea al soplo del Espíritu y de la infusión oscura de las virtudes teologales, el alma sale del mísero estado de cautiverio a la libertad de los hijos de Dios, liberada felizmente de la casa de la sensualidad (2N 14, 3), toda renovada, purificada y devuelta a la pureza e inocencia del «estado de Adán» (2N 24,1), transformadas las potencias (cf. 2N 4,2), los apetitos y las afecciones «todos mudados y vueltos según Dios divinamente». Es ya «alma del cielo, celestial, y más divina que humana» (2N 13,11; cf. 3S 26,3).

Las cuatro pasiones o emociones básicas, también llamadas *aficiones* y *afecciones*, son simbolizadas por el Santo en *Cántico* por las *aguas, aires, ardores y miedos de las noches veladores* (cf. CB 20-21,9). Allí vemos el resultado de esta divina transformación.

- Es tanto lo que el alma «ordinariamente *goza*» que se dice de ella que lleva en su interior una fuente (Jn 4,14) de gozo que salta hasta la vida eterna (11).
- Los deseos de la *esperanza*, concentrados en Dios se satisfacen, «pues se ve y siente llena de las riquezas de Dios; y así,

²⁸ Véase el estudio lingüístico de JOSÉ DAMIÁN GAITÁN, *Negación y plenitud en San Juan de la Cruz* (Madrid: EDE, 1995) 49-102. Y también el análisis de MIGUEL F. DE HARO IGLESIAS, «Pasiones» en: *Diccionario de San Juan de la Cruz*, 1136-1144: 1140.

²⁹ «Una lectura equivocada en este aspecto o una interpretación maniquea, como si para Juan de la Cruz las pasiones fuesen malas y hubiera que exterminarlas y arrasarlas, una lectura así distorsionada y distorsionante no tiene perdón de Dios», JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, «San Juan de la Cruz: su defensa de la razón y de las virtudes humanas», en *Antropología de San Juan de la Cruz*, 37-60:56.

en el vivir y en el morir está conforme y ajustada con la voluntad de Dios, [...] sin ímpetu de otra gana y apetito» (11).

- El *dolor* ya no lo siente, «porque es la grandeza y estabilidad del alma tan grande en este estado, que, si antes le llegaban al alma las aguas del dolor de cualquiera cosa, y aun de los pecados suyos o ajenos [...], aunque los estima, no le hacen dolor ni sentimiento; y la compasión, esto es, el sentimiento de ella, no le tiene, aunque tiene las obras y perfección de ella». (10; cf. CB26,5; 29,11).
- Y el *temor* es ya temor perfecto de hijo, temor amoroso (CB 26,3; 31,5 y 32,2; 1N 2,8), «santo temor que conserva y aumenta las virtudes» (1N 13,12), puramente teologal. Sin miedo alguno a cosa del mundo, ni a la muerte, ni a las insidias del demonio, «estando ya tan clara y tan fuerte y reposando tan de asiento en Dios», que «ninguna cosa la puede ya llegar ni molestar, habiéndose ya ella entrado de todas las cosas en su Dios, donde de toda paz goza, de toda suavidad gusta y en todo deleite se deleita, según sufre la condición y estado de esta vida» (ib., 15).

Todo se ha integrado y armonizado, potenciando el amor, la vitalidad, el gozo y la paz. No encontramos allí una persona pobre en sentimientos, sino una persona viva, entera, con «todas sus emociones reunidas»³⁰. Alcanzada esta unidad, la persona «tiende hacia un único objetivo, que fascina no solo a la razón, sino también al corazón, y no es buscado solo por el pensamiento de la mente, sino también por las emociones y sentimientos o por la sensibilidad entera»³¹.

4. ITINERARIO DE LOS SENTIMIENTOS

Hay que recuperar la unidad quebrada por el pecado, reconstruir la armonía natural con la que salió la criatura de manos de su Creador (cf. 1S 9,1,3; 2S 5,6; CB 18,1). No puede el pecado anular el

³⁰ *Ibidem*, 20.

³¹ AMEDEO CENCINI, *Desde la aurora te busco*, 124.

don de la gracia divina (cf. Rm 5,20). Siguen intactas la filiación, la vocación del hombre a la unión con Dios, la prodigalidad de su misericordia con aquellos que le buscan, y «si todavía el alma fuere fiel y retirada, no parará el Señor hasta subirla de grado en grado hasta la divina unión y transformación» (2S 11,9). Y lo hará gradualmente, respetando su naturaleza y perfeccionándola (cf. 3S 2,7), yendo a su paso (cf. 2S 11,9; CB 23,6) e impregnando poco a poco todos los «estratos» de su naturaleza. Con un doble movimiento: de lo más bajo a lo más alto, y de lo más exterior a lo más íntimo, hasta llegar a la sustancia del alma (cf. 2S 17,3).

En los comienzos de la vida espiritual, habrá que aprender que la unión con Dios no consiste «en recreaciones y gustos y sentimientos espirituales» (2S 7,11), y que para que la voluntad pueda «sentir y gustar por unión de amor esta divina afección y deleite» es preciso que antes sea «purgada y aniquilada en todas sus afecciones y sentimientos» (2N 9,3). Extrañamente, en esa desnudez y vacío se infunden y actúan misteriosamente las virtudes teologales. «Y así, acaecerá que ande el alma inflamada y con ansias de amor de Dios muy puro, sin saber de dónde le vienen ni qué fundamento tuvieron» (2S 24,8). Y otras veces ni lo sentirá ni lo entenderá, «porque no tiene este amor su asiento en el sentido con ternura, sino en el alma, con fortaleza y más ánimo y osadía que antes». Por todo esto, «[para llegar a] aquel amor, alegría y gozo», tendrá que quedarse a oscuras y vacía de todo, ejercitándose en esta mortificación con fortaleza y amor, «y fundar aquel amor y gozo en lo que no ve ni siente ni puede ver ni sentir en esta vida, que es Dios, el cual es incomprendible y sobre todo» (2S 24,9; cf. 2S 4,6; 3S 8,5).

Por otra parte, si es cierto que Dios está más allá de todo sentimiento, de todo entender, y de todo decir; también es cierto que en esta vida se puede gustar a Dios y sentirle «en la sustancia del alma con suavísimos toques y juntas, lo cual pertenece a los sentimientos espirituales». En esa efusión y mediación del sentimiento sobrenatural se realiza «la divina junta y unión del alma con la Sustancia divina» (2S 24,4). Noticia sobrenatural y subido sentir de Dios que, en alma humilde y des apropiada, «no impedirá en sí el provecho

que estas noticias hacen para la divina unión» (2S 32,4). Las consignas del Santo son claras: procurar acordarse de ellas tanto como se pueda, «son toques y sentimientos de unión de Dios, que es donde vamos encaminando al alma»; «toques y sentimientos de unión del Criador», con efectos de «luz, amor, deleite y renovación espiritual, etc.» (3S 14,2) que se renuevan cada vez que las recuerda.

Mucho más énfasis pondrá nuestro místico y maestro en la inteligencia mística, o noticia oscura y confusa de la contemplación, que es también *noticia amorosa*, por la cual «se junta Dios con el alma en alto grado y divino. Porque, en alguna manera, esta noticia oscura amorosa, que es la fe, sirve en esta vida para la divina unión, como la lumbre de gloria sirve en la otra de medio para la clara visión de Dios» (2S 24,4).

Encontramos así, en las emociones y sentimientos que se suceden durante la purificación del sentido y del espíritu, dos extremos bien definidos y un camino entre ellos para transitar. Con una razón ontológica: en ser imperfecto no cabe lo perfecto de Dios. Una razón pedagógica: lo perfecto tiene que ir desplazando y transfigurando lo imperfecto del hombre. Y una experiencia sensible que acusa el proceso: esa batalla campal en el íntimo ser del alma que padece esos contrarios:

«Porque, ¡oh cosa admirable!, levántanse en el alma a esta sazón contrarios contra contrarios: [...]las virtudes y propiedades de Dios en extremo perfectas contra los hábitos y propiedades del sujeto del alma en extremo imperfectos, padeciendo ella dos contrarios en sí» (2N 6,22).

«La razón de esto es porque las afecciones, sentimientos y aprehensiones del espíritu perfecto, porque son divinas, son de otra suerte y género tan diferente de lo natural y eminente, que, para poseer las unas actual y habitualmente, habitual y actualmente se han de expeler y aniquilar las otras, como hacen dos contrarios, que no pueden estar juntos en un sujeto» (2N 9,2)³².

³² Observar esta paradoja de contrastes en 2N 9,1-5; 16,4. Cf. MA. DEL SAGRARIO ROLLÁN, *Éxtasis y purificación del deseo. Análisis psicológico-existencial de la noche en la obra de San Juan de la Cruz* (Ávila: Institución «Gran Duque de Alba», 1991), 161-175.

En un extremo, y en el punto más bajo y oscuro de la noche, el sentimiento íntimo de la persona es de pérdida y ruptura en todos los órdenes de relación:

Consigno misma: sentimientos de íntima pobreza y miseria; se siente perdida, impura y miserable (cf. 2N 5,5; 13,10); vacía, pobre de todos los bienes y para siempre (cf. 2N 6,4; 9,7). Se siente morir, deshacer, derretir y digerir, angustiada a la vista de sus miserias (cf. 2N 6,1); con dolor «íntimo y delgado» (2N 9,9; cf. CB 2,6) «por la grande incertidumbre que tiene de su remedio» (2N 7,3). Y con «deshacimiento en la sustancia del alma, con extremada pobreza», de tal manera «que le parece al alma que ve abierto el infierno y la perdición». Moriría de pena en pocos días si Dios «no ordenase que estos sentimientos, cuando se avivan en el alma, se adormeciesen presto» (2N 6,6).

Con Dios: íntimo sentimiento y pena porque la ha arrojado de sí; le parece que está hecha contraria a Dios y Dios es contrario a ella (cf. 2N 5,5). Se siente ajena de ser favorecida, de hallar compasión (cf. 2N 5,7); «verdaderamente le parece que Dios se ha hecho cruel contra ella y desabrido» (LB 1,20). Se siente abandonada, aborrecida e indigna. Dios está enojado. La mayor pasión es este recelo de sentirse alejada de él (cf. 2N 6,1; 7,7; 13,5). Padece dolores de infierno, está como los muertos en el sepulcro (2N 6,2). Se siente deshacer en la sustancia del alma, siente abierto el infierno y la perdición (cf. 2N 6,6).

Con los otros: sentimientos de desamparo y desprecio de todas las criaturas, en especial de los amigos (cf. 2N 6,3); sin «consuelo ni arrimo en ninguna doctrina ni maestro espiritual», «ni sentir favor de arriba ni de abajo». Los demás no ven la verdad que ella tiene delante de los ojos, por eso no la entienden, y «en vez de consuelo, antes recibe nuevo dolor» (2N 7,3)³³.

Afortunadamente, en el otro polo encontramos el panorama opuesto: un anticipo de la vida eterna, una sensibilidad divinizada, capaz de amar y gozar de una abundancia de sabores con la paz estable del matrimonio espiritual, abierta a la novedad de Dios y

³³ Cf. JOSÉ CRISTINO GARRIDO, «La «noche» de la sensibilidad humana», en *Revista de Espiritualidad*, 30 (1971), 267-275.

estrenando plenitud tras plenitud³⁴. La llama de amor ya no es esquiva sino clara, suave, deleitable, «reficcionadora y pacífica», gloriosa, «amorosa y tierna», «amplísima e inmensa», «sabrosa y dulce», de «inmensas riquezas, y bondad, y deleites» (LB 1,19. 22-23). Encontramos al alma en un estado tal de trasfiguración, con un conocimiento y sentimiento de estar tan poseída por Dios y tan regalada sobreabundantemente, que entiende le falta muy poco para que se rompa la tela del encuentro (cf. LB 1,1).

Pero no solo al final del camino, sino también durante el proceso, entre ambos polos y en las llamadas «interpolaciones de alivios», cuando deja de embestir de manera tan fuerte la contemplación, el alma siente recreación, anchura, libertad, suavidad, paz, facilidad de comunicación y «amigabilidad amorosa con Dios» (2N 7,4). «Siente inflamación de amor» (2N 10,6) en el espíritu. En medio de «estos oscuros aprietos se siente estar herida el alma viva y agudamente en fuerte amor divino» 2N 11,1 (cf. 2N 12,3; 13,2) Y está satisfecha, quieta y contenta (cfr. 2N 17,5).

Las pasiones también «la ayudan a sentir amor apasionado» (2N 13,3); sed de amor, y «la falta que le hace lo que desea» (2N 13,4; cf. 1N 11,1). Los toques de Dios en la sustancia del alma la renuevan y enamoran «y son al alma tan sabrosos y de tan íntimo deleite», y son «tan sensibles, que algunas veces no solo el alma, sino también el cuerpo [...] con súbito sentimiento de deleite y refrigerio en el espíritu» (2S 26,8).

Poco a poco se ha ido alumbrando una nueva sensibilidad que, reordenada y absorbida en Dios, ha ganado en integración, vitalidad, riqueza y estabilidad.

5. DEL SENTIR CON CRISTO AL SENTIR DE LA TRINIDAD

«Jesús, volviéndose, dijo a Pedro: “¡Ve detrás de mí, Satanás! ¡Eres un escándalo para mí, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres!”. Entonces dijo Jesús a sus discípulos: “Si alguno

³⁴ Porque, aunque la transformación en Dios es el «más perfecto grado de perfección a que en esta vida se puede llegar», todavía, dice el Santo, «puede con el tiempo y ejercicio calificarse [...] y sustanciarse mucho más el amor» (LB Pról. 3).

quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la encontrará» (Mt 16,23-25).

Recordemos este pasaje evangélico que tanto puede iluminar el proceso de «conversión emocional» que en algún momento del camino le toca hacer a todo discípulo de Jesús. Es el texto con el que el Santo fundamenta la negación. No es posible alcanzar la unión con Dios sin vivir el vaciamiento y anonadamiento de Cristo, cargando con su cruz y muriendo su muerte³⁵. Pero el v. 23 nos ofrece el contexto inmediato de esa afirmación de Jesús, que también arroja luz a nuestro tema³⁶.

Pedro, que ha reconocido en Jesús al Cristo, Hijo de Dios (16,16), es proclamado por él bienaventurado. Pero poco después se niega con vehemencia a aceptar la pasión y cruz de su Maestro, y recibe la reprensión más dura que se pueda uno imaginar. De «roca» y fundamento de la Iglesia se convierte en ¡piedra de tropiezo! De una confesión inspirada por revelación del Padre ha descendido a los pensamientos del mundo, «de carne y de sangre»; y de representante de Cristo ha pasado a ser como el «Adversario». La traducción literal de la exhortación de Jesús, «ve detrás de mí», coloca a Pedro nuevamente en su lugar, caminando como discípulo detrás del Maestro. Pedro es invitado a abandonar la idea de un mesianismo glorioso, a asumir la prueba dolorosa del Calvario, y a reencontrar la vida perdiéndola por Cristo³⁷.

³⁵ «Para que entienda el buen espiritual el misterio de la puerta y del camino de Cristo para unirse con Dios, y sepa que cuanto más se aniquilare por Dios, según estas dos partes, sensitiva y espiritual, tanto más se une a Dios y tanto mayor obra hace. [...] No consiste, pues, en recreaciones y gustos, y sentimientos espirituales, sino en una viva muerte de cruz sensitiva y espiritual, esto es, interior y exterior» (2S 7,11).

³⁶ El Santo no cita nunca el primer versículo, pero sí los siguientes, y su paralelo en Marcos. Cf. 2S 7,4 (Mc 8,34-35); 3S 23,2 (Mt 16,24); 1N 7,3 y CB 29,11 (Mt 16,25); 3S 18,3 y D 78 (Mt 16,26).

³⁷ Cf. GIANFRANCO RAVASI, *Piedras de tropiezo en los Evangelios. Las palabras escandalosas de Jesús* (Santander: Sal Terrae, 2016), 63-65; CLAUDE

Esta escena nos pone en la línea evangélica de las enseñanzas de Juan de la Cruz. La sensibilidad humana, con todos sus componentes y toda su riqueza, es un don de Dios al hombre para una vida plena en el amor. Es mediación para la voluntad, no «norma» de actuación. Los sentimientos, emociones, tienen que marchar «detrás del Maestro», no delante. No pueden convertirse en autorreferencialidad adolescente que impida crecer en la dirección correcta la vida teologal. Y que impida que, en ese «posponerse» a sí mismo, la gracia de Dios la transfigure y divinice, capacitándola para «ver y gustar» el abrazo amoroso de Dios ya, en esta vida.

La escena precedente tiene un tinte predominantemente ascético. Pero no persevera quien no ha encontrado y gustado «la mística del seguimiento» a la que apunta SJC. Para reorientar la afectividad, para recuperar la libertad perdida en la afición, o adicción dispersiva y debilitante de la energía humana, SJC propone «otra inflamación mayor de otro amor mejor» (1S 14,2). Se trata de cultivar un sentimiento, una pasión «en acción», fruto de una identidad descubierta y reelegida.

Cristo, revelación del Padre, es «el rostro humano de Dios», epifanía de su ser, de su obrar y sentir. Pero también, por su encarnación, Cristo revela en su humanidad el rostro divino del hombre (cf. GS 22). De aquí que la imitación de Cristo no constituya un simple reproducir gestos y sentimientos, sino corresponder ontológicamente con nuestro origen y nuestra vocación eterna de ser hijos en el Hijo. Dios se ha hecho hombre para que el hombre se hiciera Dios³⁸. Y esa semejanza es la voluntad y la alegría del Padre desde toda la eternidad: «El que a ti más se parece / a mi más satisfacía, / y el que en nada te semeja / en mí nada hallaría»³⁹.

Basta con mirar a Cristo en cada circunstancia de la vida humana, desde la más trivial hasta la más dramática, para encontrar el camino a seguir, para aprender a tener en todo y con todos «los sentimientos

TASSIN, *Evangelio de Jesucristo según san Mateo* (Estella [Navarra]: Verbo Divino 2006), 49.

³⁸ Cf. *Romance sobre el evangelio «in principio erat Verbum»*, 138-145.

³⁹ *Ibidem*, 61-64.

de Cristo Jesús» (Flp 2,5). La exuberancia del lenguaje sensorial remite a una actitud contemplativa y teologal: mirar y escuchar solo al Hijo es «considerar», pero sobre todo contemplarlo en fe y amor. De modo que, «tratando y manoseando estos misterios y secretos de fe, merecerá que el amor la descubra lo que en sí encierra la fe, que es el Esposo» (CB 1,11). En ese mirar dinámico, operativo, que prolonga en nosotros la vida de Cristo se resume la imitación⁴⁰.

Cristo entonces, no es solo mediación y camino, es la razón de todo este proceso espiritual y reconversión de la sensibilidad: alcanzar la unión y semejanza de amor con «este gran Dios nuestro, humillado y crucificado; pues que esta vida, si no es para imitarle, no es buena» (Cta 25)⁴¹. Todo el potencial y energía de sentimientos, emociones o pasiones, tiene ahora su fundamento y meta en Cristo. Es la primera consigna de *Subida* para vencer los apetitos: «traer un ordinario apetito de imitar a Cristo en todas sus cosas, conformándose con su vida, la cual debe considerar para saberla imitar y haberse en todas las cosas como se hubiera él» (1S 13,3)⁴².

La segunda consigna sanjuanista profundiza en la misma línea: hacer nuestro el gusto, el gozo y la decisión de abrazar la voluntad del Padre: «por amor de Jesucristo, el cual en esta vida no tuvo otro gusto, ni le quiso, que *hacer la voluntad de su Padre*, lo cual llamaba él *su comida y manjar* (Jn. 4,34)» (4). Y la tercera consigna: para mortificar, apaciguar y llevar a concordia las cuatro pasiones naturales, que son gozo, esperanza, temor y dolor, «desear entrar en toda

⁴⁰ «La imitación de Cristo es digna de vivirse, no solo cuando meramente se intenta multiplicar su vida (sin posibilidad de lograr más que aguadas copias), sino cuando realmente se la prolonga. [...] porque esta prolongación de la vida de Jesús en nosotros observa su ley interna, al realizarse en su Espíritu, en la potencia del divino Pneuma, por ello es en verdad auténtica imitación de Cristo», KARL RHANER, *Dios, amor que descende. Escritos espirituales*, ed. J. A. García (Santander: Sal Terrae, 2011³). Cf. FEDERICO RUIZ, «Jesucristo: rostro humano de Dios, rostro divino del hombre», 80-82.

⁴¹ Cf. Ctas 7, 8, 16, 20 y 24; D 86; 91; 94; 101; 159; 163; 176; 186.

⁴² Seguirlo «y hacerse semejantes a él en la vida, condiciones y virtudes, y en la forma de la desnudez y pureza de su espíritu» (D Pról.).

desnudez y vacío y pobreza por Cristo de todo cuanto hay en el mundo» (6); cargando con la propia cruz, entrando por la puerta estrecha del seguimiento evangélico «en sequedad, en sinsabor, en trabajo [...] sabiendo que esto es seguir a Cristo y negarse a sí mismo» (2S 7,5).

El modelo de imitación activa que encontramos en *Subida* se hace carne y experiencia doliente y pasiva en *Noche Oscura*⁴³, con intensísima dramaticidad en la noche pasiva del espíritu. Y se lleva a etapas posteriores como «sabiduría de la cruz» aprendida en las profundas cavernas de la piedra, que es Cristo, cuando el alma está ya asimilada y transformada «en la hermosura de la Sabiduría divina que es el Verbo Hijo de Dios» (CB 36,7).

El matrimonio espiritual irá introduciendo más y más a la esposa en la sustancia de los Misterios transformándola en amor, haciéndola maestra de amar, hasta transformarla en las tres personas de la Santísima Trinidad «en revelado y manifiesto grado» (CB 39,3 y ss), traspasada de gozo (LB 1,35-36) anticipando la fiesta del Espíritu (L1 1,9; 2,10), en deleite y fruición de amor, «que es bebida del Espíritu Santo» (CB 37,8), en sabor de vida eterna (L1 1,6), conociéndose y sintiéndose abundantemente enriquecida, pura, hermosa y llena de virtudes que Dios le ha dado y le deja ver «porque todo se le vuelve en amor y alabanzas, sin toque de presunción ni vanidad, no habiendo ya levadura de imperfección que corrompa la masa». Así engrandecida «está puesta en el sentir de Dios, siente las cosas como Dios, delante del cual [...] todas las cosas le son nada, y ella es para sus ojos nada. Solo su Dios para ella es el todo» (LB 1,31-32).

Tener los sentimientos de Cristo es abrazar su vida pobre (*Subida*) y su muerte de Cruz (*Noche*). Abrirse a la revelación de sus misterios y a la transformación en la Sabiduría del Verbo, Hijo de Dios (*Cántico*), hasta vivir en el tiempo la «aspiración de Dios» en

⁴³ Aunque la persona no tenga conciencia ni pueda consolarse con este pensamiento, es Cristo quien revive en ella el misterio de su pasión en esta concreta etapa de la vida espiritual. Baste releer y comparar el texto de 2S 7,9-11 para poder confirmar que en esta pasividad dolorosa el alma es sumergida en la muerte de Cristo, su Esposo, para resucitar con Él y «poder de asiento recibir la dicha unión, que es el divino desposorio entre el alma y el Hijo de Dios» (2N 24,3).

el alma, y «de ella en Dios» (CB 39,2-3), la misma «aspiración de amor» entre el Padre y el Hijo, a la espera de entrar en su descanso de Dios, cuando se rompa la tela del encuentro (*Llama*).

CONCLUSIÓN

Decíamos que adentrarse en el mundo de los sentimientos de la doctrina sanjuanista es más *para sentir*, que para *saber decir* (S Pról. 1). Primero porque nuestra propia sensibilidad es el primer don de Dios para poder entrar en su Misterio. Y el primer registro que cada cual ha de interpretar para ver «el camino que lleva y el que le conviene llevar, si pretende llegar a la cumbre de este monte» (S Pról.,7).

Si para recuperar su centro y alcanzar la plenitud, la sensibilidad tiene que pasar por el crisol de la noche teologal hasta dar le impresión de extinguirse... la encontramos luego redimida, integrada y potenciada, capacitada para vivir con pasión todos los registros del amor. Sentidos, sensaciones, deseos, pasiones, emociones, sentimientos... todo ha entrado en la divina dinámica y sensibilidad de Dios.

Juan de la Cruz nos guía, como «mozo de ciego», por esa geografía exuberante y ya paradisiaca que emerge de la participación en la muerte y resurrección de Cristo. «Ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí» (Gál 2,30). Sensibilidad humana, «encarnación diminutiva» en la que Jesucristo revive todo su misterio, «sentir de la Trinidad» en el umbral de lo eterno. No nos falta nada para hacer el camino, solo la determinación de la voluntad de «ir por él y no parar hasta el fin»⁴⁴.

⁴⁴ TERESA DE JESÚS, *Camino de Perfección* (V) 21,2.